



# HUMANITAS

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos  
— 2003 —

1933 - 2003 **UANL70** ANIVERSARIO

Edición 30

## LA PAUPERIZACIÓN DEL EMPLEO DE LOS ARQUITECTOS EN EL ESCENARIO DE LA GLOBALIZACIÓN

Dr. Adolfo Benito Narvárez Tijerina.  
Instituto de Investigaciones de Arquitectura  
UANL

Los años ochentas en el mundo representan la década en la que las políticas neoliberales ascendieron al escenario económico mundial, los noventas, a su vez, representan la unificación de la política de la mayoría de los países bajo la égida de esta forma de concebir las relaciones entre las naciones y entre las personas. Uno de los efectos más inmediatos de este largo proceso está presente en las crisis del empleo que han padecido grandes porciones de la población mundial de los países desarrollados y en la pérdida del valor del trabajo en el contexto de los países en desarrollo.

El proceso de desaparición de la buena práctica profesional libre para los arquitectos es un fenómeno que podría asociarse a este proceso universal. Una de las cosas que hacen evidente esto, está relacionada con la emergencia de nuevos actores y nuevas formas de ejercer la arquitectura en nuestro contexto.

Hoy, la práctica de la arquitectura ha cambiado. La evidencia de ello no solamente se presenta en la gran imaginaria desplegada por los arquitectos en la última parte del siglo XX, de la que ha dado cuenta la crítica especializada y la prensa, sino en la manera en la que los egresados recientes de las escuelas de arquitectura se insertan cada día al medio laboral. El medio al

que se han enfrentado ha sufrido una profunda transformación también, ahora, por ejemplo, las habilidades que han adquirido durante su formación alrededor de la composición visual y los conocimientos técnicos sobre representación, por ejemplo, tienen que aderezarse con unos conocimientos y habilidades que van de la alta capacitación a bajos niveles de especialización, para el manejo de las herramientas novísimas de los despachos de arquitectura. Las habilidades para el manejo de programas computacionales que asistan el diseño o a la manufactura (CAD o CAM por sus siglas en inglés) en muchas de las escuelas de arquitectura del país, se han ofrecido hasta ahora como cursos optativos o extracurriculares, mientras que en los medios laborales de la actualidad se consideran como las habilidades más importantes que un trabajador de la arquitectura debe poseer cuando busca un empleo.

La introducción de estos sistemas de producción de objetos en arquitectura, ha cambiado profundamente las relaciones de los trabajadores con el medio laboral y ha transformado al medio mismo. Es común que en grandes almacenes detallistas de productos para la construcción (sobre todo los de cadenas multinacionales que se han instalado en el país en la última década), encontrarse con personal que, sin siquiera contar con una preparación mínima en alguna disciplina del diseño o de la construcción, se dedique a realizar encargos de diseño de cocinas, baños, vestidores, interiorismo, diseño de jardines, a veces el diseño de casas completas, o de los inmuebles que se dedicarán a pequeños negocios; utilizando los productos que se ofrecen en el almacén para su construcción y auxiliándose de sistemas de CAD para la elaboración del proyecto.

Estos sistemas de CAD son sumamente sencillos, normalmente ofrecen, en un ambiente gráfico para varios sistemas operativos comunes, una ventana para la visualización de la solución de diseño en tres dimensiones, con la posibilidad de simular movimiento en el modelo de forma interactiva con el usuario, y en muchos casos con la posibilidad de visualizar estos movimientos en tiempo real y mostrando una muy buena interpretación de la textura de los materiales en los que puede producirse el diseño; existe normalmente una "paleta" de formas tridimensionales complejas (puertas, escaleras, molduras,

columnas, etc.) una de herramientas para la transformación de estas formas, una paleta de colores y de materiales de acabado y "luces" para generar escenas fotorealistas para la aprobación final del diseño por los clientes. Algunos sistemas de diseño, con un enlace a la base de datos de la tienda, pueden elaborar un presupuesto de la solución proyectada. Incluso en estos almacenes se ofrecen servicios de instalación que garantizan el que la solución proyectada sea eficientemente realizada.

Es sorprendente que estos modelos tridimensionales se realicen en un tiempo de venta razonable, digamos una hora o una hora y media. Los clientes reciben además de la sugerencia por adquirir unos determinados productos, una asesoría sobre lo que mejor se adaptaría a su vivienda o negocio. Los programas son tan fáciles de operar como un juego infantil "lego" para armar; se trata de acomodar cajas en un cajón una y otra vez hasta que se obtiene lo que se desea. Huelga decir que el nivel de capacitación técnica requerida por los usuarios es muy baja en comparación con la que requeriría un diseñador usando los medios tradicionales de producción de proyectos.

Esta manera de penetrar al mercado profesional de la construcción o del acondicionamiento de los edificios ha tenido en un período corto de tiempo un impacto significativo en la práctica de los arquitectos. Aunque no se trata de la única sustitución de la labor del arquitecto, que de todas formas encuentra una competencia en muchos otros actores en su escenario laboral. Me parece que lo más importante de este impacto es la sensación que genera esta práctica de una *devaluación de la formación tradicional para el diseño*. Asunto que puede tener a la larga un impacto mayor que el que han conseguido estos almacenes detallistas en tan corto tiempo, posicionándose en un sitio del mercado laboral tradicionalmente asociado a la labor de los arquitectos.

Esto es a lo que Carlos Ríos Garza (1997) atiende con especial interés, cuando señala la pérdida de legitimidad laboral experimentada por la profesión, en el contexto de la Unión Europea en la década de los noventa y que ha tenido una manifestación externa en los procesos de desregulación para el ejercicio profesional y en la desaparición de la denominación profesional, frente a una práctica para la que no se encuentran

habilidades o conocimientos específicos para que se justifique la inversión de recursos y de tiempo en la especialización.

### El ascenso del capitalismo global y la crisis del trabajo.

Este proceso, puede ser parte de varios fenómenos estructurales que se han manifestado con más fuerza desde hace algunos años, junto con el fortalecimiento del capitalismo global. Hertz (2002) haciendo referencia a los procesos de pauperización del empleo en el sector de los servicios al final de la década de los noventa en occidente, sugiere que el adelgazamiento de las elites profesionales, tendría que ver con una devaluación de los títulos universitarios frente a los procesos de automatización e informatización de algunas habilidades comunes en las prácticas profesionales. La gran especialización se impondría, entonces, como uno de los recursos de los trabajadores del tercer sector de la economía –los servicios–, como un paliativo para este fenómeno.

Una nota común que se presenta en los egresados de los años ochentas y noventa de la carrera en la actualidad, es un clima de desencanto sobre la práctica profesional. Los procesos de frustración personal con el ejercicio de la disciplina no solamente tienen que ver con un adelgazamiento de la obra para la práctica libre, que por otro lado es explicable también como un epifenómeno del capitalismo global, dentro de lo que De Soto (2000) ha caracterizado como una ruptura del sistema en dos formas de producción de la ciudad y de la riqueza de las naciones: una a bordo del tren del progreso que propone la ortodoxia neoliberal y la otra en la sombra de la informalidad (que es cada vez más fuerte entre los países pobres y que normalmente prescinde de los profesionales técnicamente calificados para desarrollar sus espacios para la vida y para el trabajo). Sino que está relacionada con la falta de garantías para desarrollar una biografía profesional “aceptable”. Cualquier arquitecto que ejerza libremente la profesión puede desplazar a un otro en la actualidad, simplemente con una mejora en la oferta económica que se presente al cliente. La práctica, en este escenario, se presenta entonces como el sitio de la más feroz y voraz competencia.

Beck (1999) insiste en señalar que este fenómeno tiene que ver con la instalación de una *sociedad basada en el riesgo*. A la muerte de los estados benefactores basados en el pleno empleo, la inestabilidad material que sería producto de unas políticas de protección social, habría generado un gran riesgo social, pues la legitimidad de estas formas estatales estaría afincada en la garantía de una vida estable materialmente. Esta estabilidad en el seno de estos estados estaría garantizada únicamente por el acceso generalizado al empleo<sup>2</sup>, la falta de éste engendra hoy problemas sociales variados: “Una vivienda y un puesto de trabajo seguro, y por ende un futuro material garantizado, son (o pueden devenir en) ciudadanos capaces de apropiarse de la democracia y de tornarla viva. El meollo de la cuestión se reduce, pues, a lo siguiente: Sin seguridad material no existe libertad política ni, por tanto, democracia propiamente tal, sino más bien una situación de riesgo y amenaza generalizada por parte de regímenes e ideologías de corte totalitario” (Beck; 1999: 22) Para los trabajadores, esto implica, no sólo enfrentarse a un escenario que cambia día a día, sino a una constante lucha por la supervivencia, que es desgastante y se percibe como interminable. El desencanto con la práctica de la arquitectura tendría que ver, además, con el cansancio de la lucha diaria, y con una falta de certeza en los proyectos de desarrollo personal en el plano laboral.

El trabajo, al convertirse en el eje de la biografía de las personas, cuando entra en crisis, pone en peligro la estabilidad vital.

El proceso por el cual el trabajo pasó a ocupar este eje y el ocaso de la promesa de una vida estable por medio de un acceso generalizado a éste, explicaría una parte de la sensación de insatisfacción e impotencia que se experimenta en el mundo actual. Rifkin (1996) señala que este proceso estaría ligado profundamente a dos prácticas de las empresas y de los Estados desde –cuando menos– el último tercio del siglo XIX; los procesos de automatización de la producción (la substitución de la mano de obra por máquinas) y los procesos de mejora de la administración de la producción. El historiador estadounidense, sugiere que el declive de la fuerza de trabajo puede verse como un viento poderoso que iría atravesando por entre los sectores

productivos; que empujó a las poblaciones campesinas, con la introducción de las primeras máquinas agrícolas a finales del siglo XIX a los centros urbanos en occidente; y unas décadas más tarde lo haría en el mismo sentido, merced a procesos mucho más complejos, en los países pobres; el proceso de automatización de las manufacturas, que tendría lugar tiempo después de esta gran migración, que empujaría al desempleo y a ocupaciones en el sector de los servicios a las masas obreras a partir de los sesentas en occidente y dos décadas más tarde a los obreros del tercer mundo; el acelerado proceso de informatización de todas las actividades humanas de los ochentas y la pérdida de los trabajos en el sector de los servicios y su sustitución engañosa en los noventas, por "empleos basura" que ni garantizan la mínima seguridad social, y laboral ni dan una sola oportunidad de crecimiento a las personas, sería uno más de los eslabones en esta cadena de pérdida del trabajo a la que se refiere Rifkin.

La aparición de un cuarto sector en la economía —las empresas de conocimiento— que operan a partir de la lógica implacable del gran capital, la superespecialización y supercalificación de sus trabajadores, hoy, no tendría la capacidad para absorber a la gran masa de desplazados por el sistema, que ha generado esta manera de concebir el progreso material de las naciones. En medio de este mundo, en el que se polarizan los lugares del anonimato de la supermodernidad, y los lugares difíciles de nuestro día a día, el trabajo humano va siendo sustituido por las máquinas, la organización de la producción asigna cada día más tareas a menos gentes, incluso bajo remuneraciones más bajas (la lógica empresarial implacable de la oferta y la demanda) y es perceptible una insatisfacción, con lo que se hace tal vez por la percepción personal de una falta de sentido en la propia labor y en la biografía de uno.

Forrester (1996) refiriéndose a este problema en el ámbito francés de la década pasada, pero haciendo una reflexión que sobrepasa este pequeño ámbito geográfico, ha señalado cómo en medio de esta creciente automatización del trabajo, de la producción, de la gestión empresarial, pública, de la administración, de la prestación de los servicios, del entretenimiento, etc., ha quedado olvidada una inmensa masa de

personas, que ella califica como los descartados por el sistema, habitantes invisibles —e inservibles desde la lógica del capital y de los mercados globales—, que poco a poco van polarizando el mundo entre una pobreza lacerante de las mayorías y la espectacular riqueza de unos cuantos, en medio de un sistema que es por entero diferente, al que se pretende hacer legítimo para la vida de estas personas<sup>3</sup>.

Bourdieu (1999) hace un análisis más íntimo de este fenómeno al relatar las historias de vida y las desesperaciones cotidianas de muchos desempleados franceses tras los procesos de reingeniería que han emprendido las empresas en ese país a raíz de la globalización de los mercados. El sociólogo francés, pone en evidencia el drama común de los desempleados, que se han refugiado en los menguantes sistemas de protección social para paliar sus necesidades más básicas, y en medio de este drama cotidiano, edifican unos *lugares difíciles*<sup>4</sup>. Estos lugares, han fragmentado a la ciudad aún más de lo que estaba —realmente o en el imaginario de los urbanistas del movimiento moderno— separando a la ciudad de un centro de las sociedades radiales contemporáneas (Beck, op. cit.) a unas periferias descartadas o que pueden usarse según la necesidad del sistema. Esta fragmentación hace hoy, más que nunca, visible la dialéctica de centro-periferias en nuestras ciudades. Lo que hace especialmente angustiosa esta exacerbada diferencia, es el contraste en el acceso a unos medios materiales de vida entre los pobladores de un mismo lugar.

Los lugares difíciles se oponen, yuxtapuestos como están en la ciudad, unos a otros: uno se encuentra de pronto en muchas ciudades de Latinoamérica, con barrios residenciales equipados como cualquier ciudad del primer mundo, de amplias avenidas y en perfecto estado, jardines públicos exuberantes y bien cuidados, propiedades espaciales, comercios y servicios de cadenas globales, una discreta, bien vestida y educada policía, deportistas en vez de peatones, autos de último modelo, etc; y junto a estos enclaves, uno suele hallar zonas de calles sin pavimento o profundamente dañadas, con propiedades apretadísimas (a veces en posesión no legal) poca atención a los jardines públicos (si los hay), basura y una deteriorada imagen urbana, patrullas blindadas, con policías atemorizantes y

exhibiendo armas de grueso calibre, criminalidad local que toma cerveza frente a los comercios igualmente locales en pleno día, autos de modelo antiguo, negocios de todo giro pero irregulares en el sitio de la residencia, peatones, niños que juegan fútbol en la calle, gente que sale apenas cae la tarde en sus mecedoras frente a la puerta de entrada a conversar y que se meten deprisa a la casa si hay un pleito entre pandillas de la zona, etc.

En muchas ocasiones estos enclaves y los lugares de residencia de las clases acomodadas, están situados espaldas con espaldas, divididos apenas por una barda alta, un accidente del terreno —una barranca, un monte, un río— una avenida de alta velocidad; compartiendo el espacio de la ciudad pero sin mezclarse. Pero aún estos barrios, yuxtapuestos como están a la opulencia, están socialmente a una gran distancia de los enclaves marginales de las ciudades. Frente a los lugares de los marginados, los barrios tradicionales y pobres de la ciudad o los centros metropolitanos en decadencia parecerían lugares privilegiados. Los barrios ricos, desde la experiencia de cualquier habitante marginal de la ciudad, francamente se hallarían en *otro mundo*, con códigos del todo ajenos y extraños para estos habitantes, a pesar de que prácticamente comparten el mismo espacio geográfico.

Esta oposición que se ha exacerbado en el mundo contemporáneo, no sólo tiene que ver con el acceso a unos medios materiales de subsistencia, además tiene que ver con un cambio de concepción de *lo que es en sí* el mundo contemporáneo. A pesar de la opinión en torno a la muerte de los grandes relatos (Beck, op. cit.) como organizadores de la actividad y de la estructura social en su conjunto, hemos sugerido ya en trabajos anteriores (Narváez, 2000) cómo los mitos, que se apoyan en las imágenes que arman el cuerpo físico de la ciudad, establecen los límites de la *geografía imaginaria*, que es el medio en el cual los individuos de la sociedad operan y colaboran para la reproducción del cuerpo físico del lugar en el que habitan. En este contexto, es explicable cómo se siguen repitiendo patrones de ubicación espacial en la ciudad (la imagen), que se corresponden a unas ideas sobre lo que es el cuerpo social que la habita (el mito), a pesar y de que estas formas de organización toposocial de las comunidades no

correspondan en absoluto a las formas de organización política, económica e ideológica del mundo contemporáneo. Un ejemplo que ilustra muy bien lo anterior, tiene que ver con una sugerencia de Beck (op. cit.), que señala que tras el surgimiento de la era postindustrial, la sociedad, más polarizada que nunca, ahora tiende a organizarse según patrones ya no *piramidales* sino *radiales*.

Ello como un estado intermedio: mientras los centros de esa organización radial-social van configurándose como una red, en cierta medida aespacial y virtualizada por los medios de comunicación, el resto del sistema va convirtiéndose no en unas periferias dependientes, como antaño, sobre la base de un sistema de organización social del tipo piramidal, sino en unos lugares *descartados del todo* de esos centros. La muerte del capitalismo explotador y el surgimiento del sistema que crece al margen del trabajo humano, implica para el cuerpo de la ciudad una profunda transformación, que tiene que ver concretamente con el destino y con la vida de las comunidades que la habitan, con las infraestructuras que han edificado a lo largo del tiempo, con la posibilidad de su mantenimiento y —sobre todo—, con las maneras en las que es posible que cada habitante imagine a la ciudad.

Pese a ello, los mitos que arman el cuerpo físico de la ciudad, se aferran tenazmente a la vida, a pesar de estar ya vacíos de sustancia. Las ciudades de la periferia, aquellas que no han ganado el nombre mediático de *Global Cities*, suelen armarse merced a esquemas piramidales, apoyadas en la idea de una movilidad ascendente de la población desde los estamentos más bajos de la ciudad hasta los más altos. Esta idea animada por las imágenes y los relatos del paraíso en la tierra, establece enclaves privilegiados en estas ciudades, que se diferencian cada vez más del resto de la ciudad. Cabe señalar que, esta manera de concebir a la ciudad como una serie de niveles ascendentes, hasta esta *cima civilizada de los placeres*, el lugar prometido de frutos abundantísimos y de la tierra de la que mana leche y miel, encierra en sí, un profundo y bien enraizado ideal religioso que es lo que parece conferirle esa gran vitalidad y permanencia.

El resultado concreto de esta manera de concebir la organización de la sociedad, con respecto al espacio de residencia

y trabajo, mediante este gran relato, ha exacerbado lo que los geógrafos sociales denominan *discriminación socio-residencial*. Huelga decir que el recrudecimiento de las condiciones laborales que ha impuesto el último capitalismo, ha edificado diferencias físicas muy importantes entre los diversos enclaves sociales que arman el cuerpo de la ciudad; los ha hecho más cerrados sobre sí mismos y ha impedido en muchos casos, la mezcla social, haciendo más difícil la comunicación entre las capas de la sociedad<sup>5</sup>. Esta imagen de ciudad ahora presenta un panorama duro en lo económico, que puede ayudar a comprender —aunque por este medio sólo sea en la superficie— el drama cotidiano al que se enfrentan los habitantes de las ciudades contemporáneas.

Rifkin (op. cit.) en este mismo tenor adelanta algunas cifras dramáticas: cerca del 30% de los adultos mayores estadounidenses, durante los noventa, tuvieron que ayunar por fuerza varios días de la semana debido a la carencia de los mínimos recursos para subsistir. La lacerante pobreza que ha caracterizado a nuestros países, y que nos golpea con cifras crecientes y vergonzosas para nuestros gobiernos, poco a poco empieza a permear hacia las naciones altamente industrializadas. Una globalización de la miseria corre al parejo de los tratados y los acuerdos de internacionalización de las economías.

El mundo contemporáneo está transformándose ante nuestros ojos. La crisis estructural del empleo, que es un fenómeno que tiene que ver con la manera en que se ha planteado la producción industrial, afincada en valores de eficiencia, normalización de la producción y desarrollo sin final (ni sentido), ha generado un fenómeno de desplazamiento de la población, que ha exacerbado la diferenciación social y económica de las naciones y —tal vez por un efecto reflejo— ha creado las condiciones propicias para que las ciudades se vayan convirtiendo en escenarios de gran desigualdad. La práctica de la arquitectura, decíamos, ha cambiado, junto con el cambio social, que se ha hecho evidente tras el triunfo del capitalismo salvaje. El escenario material y simbólico de la vida se ha transformado, también profundamente.

En este contexto, ¿qué pasa con las ciudades, espacio de la práctica cotidiana del oficio del arquitecto?

## El mundo global, los desplazados y el destino de las ciudades.

Lo que marca el mayor contraste entre las condiciones materiales de los asentamientos de los pobres del primer mundo, y los de estas poblaciones en el tercer mundo, es el hecho de su inclinación al deterioro en los países ricos y al crecimiento en los pobres. La dinámica histórica que abre francamente en los países pobres los procesos de migración de las poblaciones rurales a los centros urbanos, es un hecho que se empareja con el fin de la guerra y el surgimiento de organizaciones financieras mundiales que empezaron a operar en coordinación con las políticas de los gobiernos de los países ricos. Aún con la pretendida polarización del mundo, en dos bloques ideológicamente antagónicos en el período de la Guerra Fría, el mundo inició después de la Segunda Guerra Mundial, un proceso de incorporación a otra economía y política que salía del modelo enraizado en el territorio nacional a otro basado en un *espacio de operación transfronterizo*.

Desde este punto de vista, el triunfo de la ortodoxia neoliberal, que encuentra su más importante apoyo en una economía y política globalizada, sería resultado de acciones puestas en operación y medidos sus efectos en la época del crack de 1929 y convertidas en política de los organismos mundiales en la posguerra en occidente.

El paso de una economía cerrada a una economía en red en los países pobres, no tendría que ver solamente con los procesos de apertura al comercio de los noventa; los procesos de entrada de las compañías trasnacionales a Latinoamérica, que tendrían su origen en la segunda mitad del siglo XIX; el tendido efectivo de lazos de los capitales locales con los internacionales, se daría con posterioridad a la guerra civil americana y crecería rápidamente (aunque restringiéndose a unas cuantas regiones de América Latina). La clase de industria que este proceso generaría tendría mucho que ver con la que se desarrollaba en occidente —sobre todo en Estados Unidos— confiada en el valor de la eficiencia y la productividad. No obstante, una gran diferencia de esta industria con la de occidente, radica en una más lenta mejora en las tecnologías para la producción tendientes a la automatización.

y el desplazamiento del trabajo humano, en general debido a los bajos niveles salariales de los trabajadores en Latinoamérica.

Si sumamos esta condición particular a los modos tan diversos de comportamiento de nuestras poblaciones, con respecto a los de las poblaciones de occidente, en lo que toca al trabajo y los beneficios que puedan obtener del Estado, vemos que se ha retrasado el arribo de la crisis actual del empleo que se vive prácticamente en la totalidad del mundo desarrollado. Esto evidentemente habría tenido repercusiones fuertes en la manera en que los mexicanos y el resto de los países del tercer mundo hemos construido nuestras ciudades frente a un occidente más urbanizado y con otros procesos estructurales en lo económico. Veamos a qué me refiero.

El lento tránsito de unas economías cerradas por el ámbito territorial de los estados nacionales a unas economías en red, se vería súbitamente acelerado por los procesos de crisis y ajustes estructurales que iniciaran a finales de la década del sesenta. El empobrecimiento de las poblaciones rurales, las facilidades para el empleo en las ciudades, la mejora de los caminos y la vulgarización de los medios de comunicación —como factores generales desencadenantes— llevaron a los ámbitos urbanos a un acelerado crecimiento. La incapacidad de los Estados para dotar de beneficios a estas poblaciones en los países pobres, ha tenido efectos interesantes a mediano plazo en las ciudades. Cuando un habitante rural pobre se enfrenta a la posibilidad de mejorar emigrando a la ciudad, normalmente suele apoyarse en una red, que se fortalece por la sangre o por ser del mismo sitio de origen de la comunidad a la que se llega en la ciudad. En ciertas coyunturas históricas, como en los setentas en el Perú o en México, extensos movimientos de pobladores rurales se precipitaron a las grandes ciudades edificando rápidamente cinturones de villas pobres en donde los habitantes formaron redes de abastecimiento y supervivencia, a partir de los sistemas de vida de las ciudades viejas.

Sobre todo en esta fase acelerada del proceso de migración, las poblaciones tuvieron que sobrevivir en el margen de un sistema económico establecido. Proliferaron los pequeños negocios informales en los que se ofrecía prácticamente cualquier servicio, la prestación de servicios domésticos, la albañilería, el

ambulante, la supervivencia en ocupaciones marginales (recolección y reciclaje de basura, pepena), etc. Aún en la actualidad, con la apertura comercial en plena cuesta ascendente, en estos asentamientos en los que priva la informalidad de la economía, “bullen el trabajo duro y la inventiva. Por todas partes han brotado pequeñas industrias callejeras de cualquier cosa, desde ropa y calzado hasta imitaciones de los relojes Cartier y de las vajillas Vuitton. Son talleres que ensamblan y reensamblan maquinaria, automóviles, incluso autobuses. Los nuevos pobres urbanos han creado industrias y barrios enteros, y tenido que instalar conexiones clandestinas a la electricidad y al agua potable. Hay hasta dentistas que curan caries sin licencia” (De Soto; 2000: 49).

Para que nos demos una idea de la importancia de estos asentamientos humanos en las modernas ciudades de los países pobres, diremos que representan entre un 53% a un 92% de las edificaciones existentes en cada ciudad del tercer mundo. En la mayoría de los casos, estos edificios, sin considerar a la obra pública que les rodea, prácticamente fueron concebidos, gestados, construidos y son mantenidos por los propios pobladores<sup>8</sup>. Las edificaciones que han gestado con sus propias manos las comunidades de emigrantes rurales primero, y luego los emigrantes intraurbanos y las poblaciones pobres de estas ciudades, son tan variadas como variado es el origen de los pobladores y las culturas locales a las que arriban. En las ciudades de Haití, por ejemplo, las viviendas gestadas de esta manera pueden encontrarse en barrios de calles sin pavimentar, que después de la lluvia se llenan de charcos en los que los niños juegan, mientras las señoras, sentadas sobre cajones de madera espían la vida, que pasa entre tratos de vecinos, pleitos y la cría de animales para el consumo doméstico en plena ciudad. Las casas pueden ser de madera, a veces producto de las tarimas viejas sobre las que se transporta mercancía en los barcos del puerto, con cubiertas de láminas galvanizadas o de cartón asfaltado y muy a menudo, situadas en cañadas de difícil acceso, generando formas urbanas de una morfología irregular. Según las estimaciones de analistas de ese país caribeño, estas casas podrían llegar a costar alrededor de US\$500 cada una.



Tal vez por hallarse en el extremo inferior de la situación vital posible en estas ciudades, estos barrios se podrían considerar como el ejemplo más genuino, de la situación que priva entre los emigrantes campesinos y la población que vive en este mundo de informalidad al que nos referimos. No obstante, sobre este estrato se podrían ubicar viviendas de un nivel, con muros de obra y techumbre de lámina; viviendas de un nivel con muros y cubierta de concreto; viviendas de dos niveles todas de obra; edificios de tres niveles de obra de concreto con locales comerciales dando a calles asfaltadas; hasta viviendas de más de tres niveles, de hasta 300 metros cuadrados o más de superficie habitable, de obra moderna y acabados de lujo. De Soto (op. cit.) señala que esta última clase de viviendas pueden llegar a costar hasta US\$75,000 cada una.

En Haití, estas "otras ciudades" al margen de las ciudades representan el 68% de la obra urbana, es decir, 349,000 viviendas en un país de 7 millones de habitantes. En América continental, en el Perú, la situación es bastante parecida a la descrita del caribe. Los alrededores de la ciudad histórica de Lima, pueden caracterizarse como la mayor invasión de emigrantes campesinos de la historia reciente de Latinoamérica. Hoy, estas áreas, tras una lenta incorporación a la ciudad, son pujantes centros de vida, de comercio y de trabajo en los que uno encuentra de todo. En las cercanías del aeropuerto se dan inclusive el lujo de ofrecer alojamiento en cómodos hoteles en el corazón de "barrios bravos" totalmente diferentes de la imagen que uno puede observar en los alrededores de la plaza San Martín o de la Plaza Mayor en la ciudad vieja. Las viviendas que uno puede encontrar en este otro mundo van desde las de un solo nivel, hechas de tabiques de barro cocido y concreto y techumbre de obra sin enlucido en el exterior, a viviendas de dos niveles en las mismas condiciones de obra, en barrios situados en las laderas de los cerros que rodean a la capital peruana, hasta "modernas" edificaciones de hasta cuatro niveles en barrios mejor ordenados, con amplias vialidades pavimentadas, servicios de infraestructura de todo tipo, etc. Sus precios en el mercado peruano son igualmente variados, según analistas de valor de ese país sudamericano, van de los US\$2,402 por unidad hasta los US\$85,813.

Revisando este panorama uno puede explicarse cómo puede ser la construcción de estos asentamientos humanos: frente a la idea generalizada de que son las construcciones que los propios habitantes emprenden, ya sea empleando su propia fuerza de trabajo o mediante el trabajo cooperativo de la comunidad, las que originan el crecimiento de estos enclaves urbanos, uno encuentra que en estos contextos es visible una buena cantidad de obra que se debe a constructores profesionales que son empleados como en el mundo desarrollado mediante un pago semanal apropiado, pero sin mediar contratos legales entre el constructor y su cliente e inclusive, hasta verdaderas compañías constructoras informales que poseen además del capital humano capacitado, maquinaria y equipo en operación.

Sin descartar que la autoconstrucción en muchos casos (sobre todo en los contextos más pobres del tercer mundo), sea la estrategia más utilizada para crear las ciudades en los países en vías de desarrollo, es posible suponer que la construcción ejercida en su mayoría por profesionales no arquitectos tiene una importancia significativa en las ciudades del tercer mundo.

Por señalar un ejemplo de lo que afirmo, estimo<sup>9</sup> que la edificación por autoconstrucción y las diversas formas de cooperación para este fin, representa en la actualidad el 42.5% de las construcciones informales en Lima, Perú, mientras que en el 55.7% son viviendas informales en las que es notoria la intervención de mano de obra especializada, ya sea porque uno de los miembros de la familia ha tenido entrenamiento en albañilería o porque se contrataron los servicios de un constructor informal profesional y el 1.8% de las construcciones son obra de compañías constructoras informales sin la intervención de los propietarios de los inmuebles en el proceso de edificación. Pero, ponderando la importancia de esta clase de obra urbana, diremos que como negocio la obra que han edificado estas compañías, representa en Lima el 7.3% del capital inmobiliario informal, mientras que en los casos en los que sólo se puede asegurar el que participara un constructor profesional (en régimen cooperativo o no) representa el 51.9% de este capital. Las viviendas edificadas en forma cooperativa o por autoconstrucción representan en la actualidad el 40.8% del valor de las edificaciones informales de la capital de Perú.

Creo que una buena cantidad de las edificaciones del sector formal también han sido edificadas por constructores no arquitectos trabajando de la misma manera que lo hacen para el sector de las propiedades ilegales de la ciudad. Si la realidad de la capital peruana es en algo semejante a la del resto de los países de América Latina, podríamos suponer que una cifra cercana al 75% de las edificaciones de Lima o de cualquier capital latinoamericana han sido concebidas, gestadas, ejecutadas y son mantenidas por habitantes sin una educación formal en algún campo de las ciencias de la construcción o de la arquitectura. El proceso de desregulación del ejercicio o de desaparición de la denominación profesional al que alude Ríos Garza (op. cit.) es un proceso que en nuestro contexto *es un hecho*, al margen de la legislación de profesiones.

De todos modos, es interesante ver cómo los barrios que fueron en un tiempo de emigrantes campesinos que autoconstruían sus viviendas y la infraestructura urbana de sus asentamientos, se han transformado frente a esta nueva realidad del mundo de la informalidad de los países en desarrollo. Ya en trabajos anteriores (Narváez 2001) me he referido a la evolución del proceso de concepción del "proyecto urbano" en estos asentamientos, desde la ligada a los aspectos del medio físico y los recursos energéticos y de supervivencia, hasta el proyecto que se ajusta a patrones morfológicos, de uso y simbólicos de los enclaves concebidos por una cultura urbana más antigua y consolidada. También es interesante, ahora en referencia a las características de los edificios de los asentamientos informales, hechos por los constructores profesionales, el ver una evolución desde los modelos "más rurales" concebidos durante los grandes movimientos migratorios del campo a la ciudad de las décadas del sesenta y setenta en el siglo XX, hasta las obras hechas en serie, en lotes urbanos normalizados más cercanos a las habitaciones populares concebidas por el estado y por promotores inmobiliarios del mercado formal durante los ochentas y la actualidad, cuando estas migraciones campesinas dejaron de ser tan importantes como las intra e interurbanas.

El paso que estos asentamientos han tenido de una morfología orgánica, a una cercana a los modelos de gran explotación del terreno de los proyectos inmobiliarios oficiales y,

de los gestados por promotores inmobiliarios en las últimas décadas en Latinoamérica, no deja de sorprender, toda vez que se ha dado como la aceptación de un sistema de signos que hacen visible la paulatina incorporación cultural de los antiguos habitantes rurales, a la vida en la ciudad. Este proceso de incorporación es a la vez uno de olvido. Los viejos saberes del medio rural, inútiles en medio de los lugares difíciles de nuestro mundo, han sido abandonados frente a otras formas de supervivencia y de socialización.

Frente al volumen absoluto que representa la construcción informal en las ciudades de los países pobres y del mundo en desarrollo, la labor de los arquitectos resulta poco menos que marginal e insignificante en el contexto de *la vida* de los habitantes. En medio de esto está el hecho de que la existencia de millones de personas ha transcurrido al margen de lo que nos han enseñado a entender como *todo lo que es posible*. Parafraseando a Beck (op. cit.), podríamos apuntar que estos millones de personas a los que me refiero han vivido *a la brasileña* no como un oscuro destino de la decadencia de occidente sino como *su única salida posible*. En este contexto, ¿qué papel pueden jugar los arquitectos al interior de estos mundos?

#### Una fuerza aletargada de la vida de las naciones: La Economía Social.

Hace algún tiempo, Abdel, un ex alumno, volvía a la escuela a contarme cómo había servido en un voluntariado junto con arquitectos albaneses y rumanos para la reconstrucción de una guardería infantil en Kosovo, devastada por los ataques militares en la guerra de la fragmentada Yugoslavia en el ocaso de los años noventa. Este trabajo estuvo a cargo de CARE, una ONG con base en los Estados Unidos que canaliza fondos internacionales para la ayuda en situaciones de conflicto y carencia extrema.

A su vuelta, según iba deshilando su aventura, había emocionado tanto a su hermana menor –por ese entonces recién egresada de la carrera de Diseño Industrial en la Universidad que laboro– que de inmediato se enroló en actividades similares para la reconstrucción de infraestructura dañada por los sismos que

por ese tiempo habían azotado la India. Abdel, egresado hace ya hace 8 años había trabajado conmigo como estudiante en un voluntariado para el diseño y construcción de un monasterio para la orden Benedictina, al graduarse se había empleado en la remodelación de una cadena de pizzerías en Monterrey, luego en una constructora en Ciudad Juárez, Chihuahua. Allí conoció al contacto que le llevaría por estos otros terrenos de la práctica.

Según me dijo, y por lo que he podido entrever de su historia de vida, la decisión de embarcarse en el voluntariado para la reconstrucción de una nación destruida por una de las más crueles violencias étnicas, sucedió a partir de un *desencanto con una práctica desgastante y vacía*. A mí me pareció una rara decisión de su parte, dado que meses antes de este trabajo se había casado. Uno espera que en medio de este evento trascendental para la vida de la mayoría de las personas, se busque primero afianzar la seguridad de la casa de uno mediante una estabilización en los ingresos y en el domicilio.

Abdel hizo, aparentemente, lo contrario.

En medio de esta crisis global de pérdida del empleo y del empobrecimiento de las naciones, se empiezan a presentar salidas a la población basadas en una clase diferente de contrato social entre los individuos. Rifkin (op. cit) sugiere que esto podría ser el surgimiento de un nuevo papel de las sociedades frente a los gobiernos nacionales (hoy rebasados por el poder político y económico de las empresas transnacionales<sup>10</sup>) Ha denominado "tercer sector" a la creciente actividad de las organizaciones sin ánimo de lucro y no gubernamentales que cada vez más se encargan de atender las necesidades apremiantes de sectores de la población, tradicionalmente desatendidos por el Estado o sin un acceso mínimo a servicios de seguridad en base a su poca participación en la economía, que se encarga de la conservación de sitios urbanos, de la preservación de la naturaleza, etc.

Beck (op. cit.) y Hertz (op. cit.) reconocen este fenómeno, y adelantan sobre la visión de Rifkin (después de la ilusoria recuperación del empleo en Estados Unidos en la década de los noventa) que este podría en el futuro ser el nicho de trabajo de una gran cantidad de personas, ya que las tendencias de la ocupación en el mundo apuntan a una dramática reducción de las jornadas laborales (Beck llega a afirmar que las jornadas

podrían llegar a ser en promedio de una o dos horas diarias de trabajo en los próximos veinte años en el mundo desarrollado) Estos pensadores y muchos otros imaginan al trabajo voluntario, aquel que fortalecería a la *economía social*, no sólo como una opción de trabajo y supervivencia valiosa, sino como el centro de los afanes en el futuro, desplazando a la carrera profesional del lugar privilegiado que ha ocupado hasta ahora como centro vital de la historia del individuo<sup>11</sup>.

La importancia de este sector en la actividad económica empieza a crecer, convirtiéndose en un segmento significativo de la actividad y el empleo. En Estados Unidos, por ejemplo, el voluntariado participa en un 6% de la actividad productiva, agrupando a un 9% del empleo nacional total: "Existe más gente trabajando en este sector de voluntarios que en las industrias de la construcción, de la electrónica, del transporte o del textil" (Rifkin, J.; 1996: 281) El gasto de estas organizaciones en ese país ha excedido el PIB de todos los países excepto los siete más industrializados. El informe Gallup de 1992 señala que solamente en los Estados Unidos se trabajó en actividades voluntarias en 1991 20, 500 millones de horas (lo que medido en términos monetarios equivaldría a 176,000 millones de dólares).

La crisis del empleo poco a poco va llevando a las comunidades a plantear serias dudas sobre el marco de valores en los que descansa la ética de las sociedades de mercado contemporáneas. Saramago (2001) y Coupland (1991) entre muchos otros literatos han planteado desde una perspectiva íntima y personal la experiencia vital de un mundo al margen del trabajo. Auge (1999) es muy agudo cuando, refiriéndose al subempleo en el que cae el personaje central y narrador del filme *American Beauty* (de ejecutivo medio a cocinero en un negocio de hamburguesas), lo imagina como una expiación de los "pecados" de la absorbente y superficial modernidad —representada en el filme por la esposa de este personaje— y que finalmente *le libera* de una vida vacía y sin sentido.

Esta desesperación por una biografía personal sin sentido —especie de impasse existencial en el que hemos caído por la lógica de este sistema salvaje que nos atrapa en los despachos, en la obra— es tal vez lo que orilló a Abdel a embarcarse en esa

aventura de trabajo en medio del dolor y la miseria en los Balcanes. Para él, el vacío de significado de una práctica vana, la nula pertinencia social de lo que hacía aquí (el mercado profesional al que tal vez le llevó la ciega formación profesional que recibió en la escuela) fue el combustible que finalmente le hizo *abandonar todo* para dedicarse a los demás por un tiempo. Para otros, la situación es un tanto más práctica: una trabajadora rumana de CARE, compañera de trabajo de este ex alumno le dijo que con lo que había ganado en ese año se podría comprar una casa en su patria y vivir desahogadamente el resto de su vida.

La forma de operación de esta clase de organizaciones es muy variada, algunos autores sostienen que los fines y las estructuras de estas organizaciones han cambiado conforme la participación de los ciudadanos en asuntos públicos se ha transformado también. La acción civil se ha vuelto en los últimos tiempos en un asunto "de supermercado" (Hertz, op. cit.) es decir, en donde la presión por los asuntos importantes para las comunidades, como los márgenes de operación de las grandes compañías con respecto a la mano de obra que ocupan o la limpieza de sus procesos de producción frente al medio ambiente, se ejercen haciendo huelgas de consumidores.

En el primer mundo, sobre todo, tales acciones han dado resultados positivos para limitar el comportamiento de muchas empresas<sup>12</sup>; sin embargo, tal forma de participación corre el riesgo de segmentar aún más a la población, ahora sobre la base de su capacidad de consumo, que impondría unos límites a los "malos consumidores" sobre su poder para limitar las acciones de las empresas que comprometieran el desarrollo de sus regiones o que llevaran a cabo prácticas éticamente cuestionables. La desaparición de los estados que ejerzan unas políticas de bienestar social pone en evidencia la incapacidad de los gobiernos para ejercer su mandato sobre las poblaciones. Beck (op. cit.) opina que ello está directamente relacionado con las crisis en los mercados de trabajo. La fuerza de los gobiernos benefactores descansaba en el pleno empleo, su pérdida establecería límites a la capacidad de los gobiernos para ejercer su mandato. Entendiendo este fenómeno, muchos Estados han optado (quizás como la única opción políticamente aceptable) por diseñar y ejercer políticas adaptadas a las necesidades de las

grandes empresas. Aún los estados occidentales con programas políticos de izquierda moderada, han cedido a la aceptación de esta nueva hegemonía.

Las razones de ello son muy claras, por una parte se puede entender que los márgenes de acción de los gobiernos son muy cortos frente a unas empresas muy poderosas en lo económico, y por otro, este poder se les presenta como un fruto muy apetitoso como para rechazarlo. Es visible en la actualidad que las políticas de los países se adaptan a las necesidades de los intereses privados, incluso, haciendo que en la actualidad no exista una diferencia substancial entre los programas políticos de los partidos de izquierda o de derecha (Hertz, op. cit.) Frente a este panorama, a los ciudadanos comunes nos parece que la participación en la elección de unos representantes en el contexto de un régimen democrático es un asunto inútil, al tiempo que se abren serias dudas sobre la legitimidad de las políticas que se ejercen sobre nosotros, pues, si estas están dictadas por los intereses privados, ¿quién les ha elegido como nuestros representantes legítimos?

El desencanto con la propia capacidad para hacer que valgan unos derechos sitúa ahora a la participación ciudadana en otro campo, ligado más a la acción directa sobre problemas concretos. Otra de las maneras en las que en la actualidad es visible la acción civil se ubica precisamente en el voluntariado, que Rifkin (op. cit.) ha identificado como el corazón de la economía social. Una experiencia, cercana a la práctica de la arquitectura, puede ilustrar la clase de actividades que pueden ejercerse en esta otra clase de contrato de trabajo.

### Los Okupas

En España, diversos grupos civiles iniciaron en los noventa un movimiento urbano que tuvo como fin inicial el ocupar edificios abandonados propiedad del gobierno como vivienda de grupos desprotegidos<sup>13</sup> o con formas de vida alternativas<sup>14</sup>. Una importante obra de readaptación y de conservación de estos inmuebles viejos y en muchos casos con un gran deterioro, fue llevada a cabo por los propios ocupantes, bajo el auxilio de técnicos especializados en estas labores. Estas experiencias han

ido generado una cultura *underground* sobre la readaptación de estos deteriorados medios para la vida actual. Según la opinión de algunas personas que se han involucrado en la organización, la experiencia Okupa ha desarrollado conocimientos muy exactos sobre salud ambiental, niveles de riesgo ambiental por la utilización de materiales y sistemas constructivos, epidemiología relacionada con las plagas que cohabitan el espacio urbano y arquitectónico, etc.

Además, alrededor de estos hechos se han generado experimentos sociales de mucho valor. Tal es el caso de los que se han llevado a cabo en la ocupación de naves industriales abandonadas, que han sido adaptadas como talleres de arte para ancianos o para jóvenes creativos. En tales casos, los resultados de la convivencia intergeneracional ha producido interesantes propuestas artísticas, al tiempo que ha ayudado a integrar generaciones alrededor de fines comunes.

A la experiencia Okupa han acudido voluntarios formados en variadas disciplinas para asesorar técnicamente las labores de acondicionamiento ambiental y durante la ocupación de los inmuebles. La mayoría de los voluntarios son profesionales recién egresados que no han podido encontrar cabida en la economía tradicional y que llevan a cabo estas actividades no solamente como una forma alternativa de obtener recursos, sino como una manera de ejercer su formación y de ayudar a la población.

El ejercicio de la arquitectura en este contexto de ocupación es profundamente diferente del que se da en el contexto de la economía tradicional. La orientación de la práctica, más conectada al contexto de lo asistencial, pone el acento de la labor de los arquitectos más cerca de la gente, de sus necesidades cotidianas, de lo apremiante, por ejemplo, de preservar la salud, antes del experimento plástico o de la adaptación a la vanguardia más reciente. Desde luego que esta forma de ejercer el oficio, es difícil que sea reconocida por la crítica comercial o tradicional de la arquitectura, pero, para una buena parte de los arquitectos conectados a esta práctica, resulta gratificante esta otra manera de ejercer la profesión por *la práctica en sí misma*.

Incluso, los medios para comunicar las ideas y para investigar la naturaleza de los problemas a los que hay que

enfrentarse, son muy diversos de los que se llevan a cabo en la práctica tradicional. En buena medida, esto se relaciona con el abordaje de los problemas, que en muchos casos reclama imaginación –sobre todo frente a la carencia de medios– y una aproximación interdisciplinaria. Francisco, uno de los profesionales involucrados con el grupo Okupa comenta que frente a la eventualidad de una crisis de salud y a la dificultad para contar con instrumental para el análisis de la calidad del ambiente, se recurre a la realización de autopsias a los animales domésticos muertos de los alrededores, para evaluar los riesgos ambientales del edificio o del barrio. Estos datos, luego son discutidos con voluntarios del movimiento, ya sean biólogos, ingenieros sanitarios, arquitectos, etc, para determinar las estrategias para la eliminación de los riesgos de salud.

El abordaje interdisciplinario de los problemas es un asunto importante, ya que se da en la práctica, frente a los problemas concretos de unos pobladores reales en un sitio determinado, en la búsqueda de *una forma de vida insumisa*. Pienso que esta experiencia ilustra muy bien lo que podría ser una práctica alternativa de los arquitectos, que la situara en el corazón del campo de *lo asistencial*. Esto tendría efectos fuertes sobre la orientación de los profesionales ante los problemas, ya que abriría el camino para la adquisición de otros conocimientos y habilidades, por ejemplo los relacionados con la *comunicación humana profunda*. A su vez, me parece que en este contexto, sería necesario el que el profesional asumiera un papel más activo y comprometido en la realización de unas soluciones arquitectónicas, toda vez que se plantearían como una pieza de unos fines más amplios, como por ejemplo los que se relacionan con el bienestar, la felicidad, la búsqueda de unas formas alternativas de vivir, la resistencia, el reclamo por la libertad frente a un mundo que se presenta como único, como todo lo que es posible.

Ello haría necesario el que desarrolláramos una visión disciplinar más relacional, es decir, que al tiempo que entendamos a la arquitectura como una pieza más de la construcción del medio ambiente entendamos que las acciones que emprendamos tendrán unos efectos sobre la vida de las personas. Ello no como una vaga idea relacionada con la

trascendencia de la labor, sino con el apoyo de unos métodos para prever las transformaciones en los escenarios de vida de las personas para las que trabajemos.

Esta práctica puede muy bien enlazarse al ámbito de las organizaciones asistenciales. Existen modelos muy desarrollados de prestación de servicios en este ámbito. La propia Universidad, dentro de sus funciones sustantivas es concebida como un órgano de asistencia social. Rifkin (op. cit.) opina que uno de los modelos más desarrollados de una "empresa" de la economía social son precisamente las universidades. La Facultad de Arquitectura de esta Universidad, tomando el modelo del Hospital Universitario, desarrolló desde los años ochentas un órgano de atención a la ciudadanía para la regularización de la vivienda, paso indispensable para la regularización de la tenencia de la propiedad en este Estado. Junto a este programa se ofrecían, además, servicios de diseño.

En el contexto de esta empresa de asistencia para la arquitectura, se formaban en la práctica estudiantes de arquitectura, que era la "mano de obra" que era ocupada por la empresa. El éxito del programa de la Facultad fue importante, pero por diversas razones dejó de operar durante la década de los noventas. Queda como uno de los principales resultados de esta experiencia, la sensación de que puede haber otra clase de trabajos dentro de la profesión, que al tiempo que sean profundamente significativos por su impacto social, resulten gratificantes para las personas que se involucren en ellos.

Salomón, un alumno de la Maestría, hace tiempo, proponía un modelo de despacho de arquitectura, entre la asistencia social y la empresa privada, que, como un consultorio médico, atendiera las patologías de la obra o del medio ambiente urbano, tal y como si se visitara a un médico consultándole por cualquier padecimiento. Desde esta perspectiva, el trabajo del arquitecto sería tan común y cotidiano como el del galeno. Esta es una de las cosas que han hecho que los almacenes detallistas para la construcción trasnacionales, probablemente, tengan tanto éxito en nuestro medio, aunque, en este contexto, la perspectiva laboral es totalmente diferente.

Una nota importante sobre el movimiento Okupa y sobre las prácticas ligadas a la asistencia social, que podría orientarnos

dentro de una práctica ligada a la economía social está afinada sobre la importancia de la retribución por el trabajo. La reacción de este movimiento está planteada, además, sobre una discusión sobre las bases que rigen una relación de las personas con quienes prestamos unos servicios; y es que puede no ser necesariamente cierto el que el resultado esperado de un trabajo de arquitectura de gran calidad sea una buena retribución en numerario. Puede ser que la moneda más valiosa de esta otra economía sea el fortalecimiento de unas relaciones sociales de mutua dependencia.

Frente a la alineación de los individuos y frente a la soledad del mundo moderno que se ha impuesto como una situación normal —y esperada— de la vida tras la globalización de los mercados, es cuando menos interesante una posición que se afinque en los valores de comunidad y de solidaridad humana como *otra alternativa* con la cual dar la cara al mundo.

#### Una breve nota sobre la educación de los arquitectos

Es una buena cuestión para los que estudian y practican en la actualidad en México la educación de los Arquitectos, el imaginar los campos de labor que quedarían abiertos bajo el amparo de esta *otra economía* de lo social. Imaginar estos campos de trabajo implica una apertura hacia lo inesperado<sup>15</sup>. Las nuevas prácticas para la arquitectura podrían reclamar otras capacidades de formación, otros conocimientos, el desarrollo de nuevas habilidades. Ante el desgaste de la práctica tradicional de la arquitectura, aquella que ha desencadenado la crisis disciplinar más dramática para la profesión, es importante imaginar nuevas prácticas, que estén relacionadas con otros escenarios de labor. Me pregunto si el arribo a estos nuevos escenarios de trabajo no tenga que emparejarse con la edificación de otras bases para la enseñanza y la práctica de la disciplina.

Una aproximación a la economía de *lo social*, en donde la moneda del pago por los servicios es la creación de relaciones más sólidas en medio de comunidades más cooperativas y participativas, exige de nuestra profesión una reflexión sobre los valores en los que descansa su *ethos*. Frente a la evidencia de un desencanto con el oficio, que fue uno de los motivos por los que

empezamos a redactar estas notas, es necesario plantear *otra profesión*. Una práctica centrada en el voluntariado exigiría un mayor contacto humano, quizás sacar del eje de la experiencia del arquitecto a la obra y centrarse más en *la vida*, que le da sentido al espacio construido y establece las dimensiones de la experiencia de habitar.

Una práctica voluntaria del oficio de la arquitectura es señalada por muchos autores como una de las actividades más urgentes de cara a las necesidades de las poblaciones pobres de nuestros países. Es fundamental empezar a ver a esta práctica como una posible salida para nuestros estudiantes y como el nicho de una labor pertinente y llena de significado. Aunque fuera totalmente de la lógica de los mercados y de las economías globales. Más que una actividad para enriquecerse materialmente o para lucirse, el oficio, así ejercido se convierte en *un acto de generosidad para con los demás*.

#### Bibliografía.

- Auge, Marc (1999) *Ficciones de fin de siglo*. Gedisa, España.
- Beck, Ulrich (1999) *Un nuevo mundo feliz*. Barcelona, Paidós.
- Bourdieu, Pierre (1999) *La miseria del mundo*. FCE, México.
- Coupland, Douglas (1991) *Generation X. Tales for an accelerated culture*. St. Martins Pr, Estados Unidos.
- De Soto, Hernando (2000) *El misterio del capital*. México, Diana.
- Ford, L.R. (1996) *A new and improved model of Latin American city structure*. The Geographical Review 86 (3)
- Forrester, Vivianne (1996) *El horror económico*. FCE, Argentina.
- González, Salomón, VILLENEUVE, Paul (2002) *Desigualdad Social en el espacio urbano en México*. México. Revista ASINEA Noviembre del 2002.
- Frade, Laura (2001) *Financiamiento para el desarrollo, la esquizofrenia global institucionalizada*. Monterrey, Revista Cathedra de la UANL, año 1 num 1.
- Hertz, Noreena (2002) *El poder en la sombra. La globalización y la muerte de la democracia*. Barcelona, Planeta.

Narvárez T. Adolfo Benito (2000) *Crónicas de los viajeros de la ciudad*. Idearium, Argentina.

Narvárez T. Adolfo Benito, editor (2001) *La casa de América*. Cuba- México, UANL-UC.

Rifkin, Jeremy (1996) *El fin del trabajo*. Paidós, México.

Ríos Garza, Carlos (1997) *En defensa de la profesión del arquitecto*. Compilación de Ponencias, segundo seminario nacional de teoría de la arquitectura. UNAM, UAM, IPN, México.

Saramago, José (2001) *La caverna*. Alfaguara, México.

Vidal, Miguel Ángel (1996) *Algunas notas sobre el movimiento de ocupación:*

<http://www.izquierdaunida.es/Publicaciones/vivienda/an7.htm>.

#### Notas Bibliográficas

<sup>1</sup> La realización de este trabajo ha sido posible gracias al financiamiento obtenido del Programa de Apoyo para la Investigación científica y tecnológica de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Este trabajo se realizó sobre la base de la ponencia *La profesión del arquitecto frente a la crisis del trabajo*. Presentado en el Sexto Seminario Nacional de Teoría de la Arquitectura: lo local y lo global. escuelas regionales de México. Facultad del Hábitat, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, en noviembre del 2002.

<sup>2</sup> El pleno empleo se planteó como una de las metas más importantes para la recuperación económica tras la crisis bursátil de 1929 en los Estados Unidos en el gobierno de Roosevelt. el conjunto de programas propuestos para la recuperación se denominó *New Deal* (literalmente *Nuevo Trato*) y sería el modelo que adoptarían las naciones para, en la segunda posguerra, fortalecer la fórmula política de los *Welfare States*. El experimento social del gobierno de Roosevelt, sería el acicate para plantear la necesidad de un sistema financiero mundial mejor articulado y con mayores capacidades de control; este sistema cristalizaría en los acuerdos de Breton Woods de 1946 con la fundación del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Es posible plantear, con un grado de certeza muy alto, que la simiente de la globalización económica actual y de la crisis estructural de los estados benefactores y la consiguiente crisis de los empleos, estaría puesta en el suelo de las naciones desde la época del Crack Estadounidense. Este proceso histórico, y las implicaciones con el desarrollo de las ciudades mexicanas puede verse en Narvárez (en prensa) especialmente en el capítulo primero.

<sup>3</sup> Al inicio de su poderoso trabajo, la socióloga francesa anuncia lo que será el corazón de su argumentación, con una sentencia que conmueve, al tiempo que nos sumerge en el universo oscuro de la muerte de toda esperanza: "Vivimos en medio de una falacia descomunal: un mundo desaparecido que nos empeñamos en no reconocer como tal y que se pretende perpetuar mediante políticas artificiales" (Forrester; 1997: 9)

<sup>4</sup> El pensador imagina a los *lugares difíciles* como los escenarios de una fruición indefectible de mundos, de la mayor diversidad –a veces francamente irreconciliable– de modos de vida y

perspectivas vitales variadísimas, que al enfrentarse como lo están en el cotidiano de estos lugares de la ciudad contemporánea, generan la escena para el conflicto.

<sup>5</sup> González y Villeneuve (2002) hacen un análisis mediante una técnica estadística conocida como ecología factorial de la desigualdad social en las ciudades mexicanas. Encuentran, entre otras cosas, que las ciudades de primero y segundo rango del sistema de ciudades y algunas del rango medio, comparten una inclinación a la desigualdad de sus habitantes, que corresponde a una ubicación espacialmente diferenciada, lo que explicaría en parte la tendencia exacerbada en años recientes a una creciente diferenciación de enclaves privilegiados y de enclaves pauperizados en el seno de nuestras ciudades; no en patrones de centro periferia como el que ha propuesto para las ciudades latinoamericanas Ford (1996) sino en patrones policentrales con acceso privilegiado a servicios de alta calidad –enclaves que tal vez estén conectados mediante una red virtualizada y de superavenidas– que se superponen a un entramado de barrios pobres y zonas de industria.

<sup>6</sup> Aunque, hay que admitirlo, en el primero y segundo sectores de la economía. En lo que toca al tercer sector de la economía, esta diferencia en el arribo de la crisis del empleo no se ha retrasado tanto, sobre todo por que es en la economía de los servicios donde se concentran gran parte de las nuevas tecnologías informáticas y de comunicaciones.

<sup>7</sup> El ajuste estructural “es el proceso mediante el cual el Estado se adecua a su capacidad económica... básicamente incluye: Las medidas de estabilización, o sea la devaluación, el recorte del flujo monetario, etc., y además reducción del Estado, la privatización de las empresas públicas, la liberalización comercial y la reforma tributaria... Las reformas de segunda generación consisten en la serie de medidas que se tienen que llevar a cabo para adecuar al estado al nuevo modelo de desarrollo en el que se busca una mínima intervención del estado en la economía, dejando casi todo en manos del libre mercado, lo que implica la reforma de las instituciones, incluidas las constituciones y las leyes y cualquier tipo de organización gubernamental. En general están dirigidas a los servicios como la educación, la salud, la seguridad social, las pensiones” (Frade: 2001: 69).

<sup>8</sup> “El valor de los inmuebles... de los pobres del tercer mundo y de los que salen del comunismo suma no menos de US\$9.3 millones de millones... Esta cifra... casi duplica el circulante total de moneda de los Estados Unidos... es casi el valor total de las compañías en lista de las principales bolsas de valores en los 20 países más desarrollados del mundo... Es más de 20 veces el total de la inversión directa extranjera en el tercer mundo y en lo que fue el mundo comunista en el decenio previo a 1989, 46 veces todos los préstamos del Banco Mundial en las tres últimas décadas y 93 veces la ayuda para el desarrollo dada por todos los países avanzados al tercer mundo desde entonces” ( De Soto; 2000: 65)

<sup>9</sup> Según datos del Instituto Libertad y Democracia de Perú y de investigaciones personales en campo.

<sup>10</sup> Existe una denuncia insistente sobre la manera en la que las multinacionales van acabando con el poder de los gobiernos, al tiempo que edifican para sí un poder que parece no encontrar límites. En la cumbre de la tierra de Johannesburgo, Sudáfrica, según ha sido puesto en evidencia por diversos medios de comunicación europeos, multinacionales con prácticas ambientales cuestionables o francamente peligrosas para la salud de grandes poblaciones de los países en desarrollo, se han apropiado de los discursos ambientalistas y ahora se presentan como baluartes de la ecología... y de la decencia. ¿Es que acaso el discurso puede acabar con la constante violación de los derechos de las personas y del medio ambiente?

<sup>11</sup> Beck (1999) sugiere que el voluntariado, actividad preponderante del tercer sector de la economía, ahora funciona diferente que antaño, los niveles de participación ciudadana, que ciertamente han disminuido en lo político, han cambiado cualitativamente; según este sociólogo alemán, no se puede hablar de apatía en la escena contemporánea, sino de una

participación más pragmática, es decir, *dirigida a la solución de problemas concretos: más orientada a la acción y menos a las ideas.*

<sup>12</sup> Hertz (op.cit.) opina que esta manera en la que los ciudadanos se manifiestan hoy frente a los abusos de las grandes empresas mundializadas tiene que ver con la pérdida de poder y de legitimidad de los gobiernos democráticamente electos; tal parece que con el desencanto de los electores (que se manifiesta en los más bajos niveles de participación en occidente) se busquen formas efectivas de acción política frente a los que se perciben como los verdaderos titiriteros del escenario mundial: las empresas multinacionales.

<sup>13</sup> Desde luego, este movimiento ha encontrado una fuerte oposición (a veces francamente represiva mediante el uso de la fuerza pública) por parte del gobierno.

<sup>14</sup> “Por un lado, hay quien plantea las okupaciones tanto de viviendas como de centros sociales como respuesta a una necesidad –de techo digno sin explotación/especulación de espacios donde realizar actividades autónomamente, sin mediaciones o dependencias institucionales–; por otro, hay quien lo hace como realización de un deseo –de vivir autónomamente de tematizar conflictos en el seno de la metrópoli, de inventar formas de vida no condicionadas por la norma imperante: económica, cultural, sexual, afectiva...–. Son, por suerte, vectores enredados, líneas que cruzan, se entienden y se apoyan. Es precisamente este interlineado, este proceso de cooperación y contaminación de planteamientos, el que marca la situación actual en Madrid. Se ha solidado ver las okupaciones como un asunto de gente concreta, “militares” de un sector de izquierda radical que encuentra en ellas sus formas políticas y señas de identidad. Eso cuando no se ha clasificado directamente a quienes ocupan en la cuadrícula periodístico-policia de las “tribus urbanas”. La gente que ha acumulado diversas experiencias de okupaciones ha venido expresando, sin embargo, que la okupación es un instrumento y no un fin: instrumento de expresión de ideas y actividades políticas y sociales, espacio abierto de (inter)comunicación, incluso a pesar de arrastrar durante mucho tiempo cierta fama –sólo a veces fundada– de sectarismo y de tribalismo o marginalidad» (Vidal, 1996)

<sup>15</sup> Beck (1999) ha planteado que en las modernas sociedades del riesgo, lo inesperado es la única constante con la que se puede trabajar.